

Grecia, más allá del acuerdo

Miguel Jimenez González-Anleo

La Vanguardia

El principio de acuerdo sobre un tercer programa de ayuda a Grecia parece acercarse, aunque si algo hemos aprendido en los últimos meses sobre la crisis griega es a no vender la piel del oso antes de tiempo: lo que se negocie este fin de semana deberá ser aprobado por el parlamento alemán, donde las voces para propiciar una salida de Grecia del euro han arreciado en las últimas dos semanas, sobre todo en el partido de Merkel, y la desconfianza hacia el gobierno griego es máxima a pesar de la propuesta presentada esta semana.

Por la parte griega, hay protestas desde la izquierda de Syriza ante la propuesta del plan de reformas, pero el parlamento ha dado al gobierno libertad para negociar. Curiosamente, la inyección de orgullo que ha supuesto el referéndum para quienes votaron el No, más el choque de realidad que ha traído el cierre de bancos y su rápido efecto sobre la economía, parecen haber convencido a la mayoría de la necesidad de un programa de reformas y ajustes muy similar al rechazado el domingo pasado.

En lo económico, la propuesta está más elaborada y es más completa que las anteriores del gobierno griego que, según parece, se ha beneficiado del asesoramiento de técnicos del gobierno francés, interesado en mediar en el acuerdo. Las subidas de IVA están en línea con lo requerido por las instituciones, salvo en algún detalle, y la exención del impuesto para las islas se elimina paulatinamente. Se mantiene la subida del impuesto de sociedades en dos puntos, y se acepta abiertamente la necesidad de terminar de reformar de las pensiones, que ha sido siempre el punto más conflictivo en las negociaciones. Las reformas hechas en el mercado laboral se revisarán con el tiempo y en acuerdo con las organizaciones internacionales, aunque persiste la idea del gobierno de revisar la reforma de la negociación colectiva, que quizás no sea aceptada por el Eurogrupo.

Cabe preguntarse si finalizar el ajuste fiscal (la mayoría ya está hecho) y continuar con el programa de austeridad no va a terminar de rematar la recuperación. La realidad es que el ritmo de ajuste del déficit público durante estos años ha podido ser demasiado rápido, pero con un déficit que rondaba el 15% del PIB en 2010 no había alternativa posible. En la fuerte caída del PIB en estos años (25%) ha jugado un papel importante la política fiscal, pero también muchos otros factores como la falta de reformas estructurales completas, la volatilidad del escenario político y la poca confianza en unos gobiernos que no parecían convencidos de las medidas que tomaban. Otros países de la periferia que han llevado a cabo ajustes fiscales muy fuertes en estos años los han acompañado de otras reformas, y los multiplicadores fiscales asociados han sido mucho menores. Ahora están volviendo a crecer a tasas elevadas.

El quid pro quo de finalizar el ajuste fiscal es el reconocimiento por parte de la Eurozona de que habrá que aliviar la carga de la deuda a través de mejores condiciones de repago, en línea con las demandas contantes del gobierno griego y ahora del Fondo Monetario Internacional. La deuda griega, argumentan el FMI y muchos analistas, no se puede pagar, y sin una reestructuración no hay solución posible. La realidad es que las mejoras en las condiciones de devolución hay que leerlas más como una concesión política a Grecia, prevista para más adelante pero que quizás ahora se anticipe, que como una necesidad. Si tomamos dos parámetros clave para definir la sostenibilidad de la deuda pública, como son el pago de intereses sobre PIB (3.9%) y el superávit primario requerido (3.5% del PIB a partir de 2008), Grecia no se encuentra en absoluto en una situación extraordinaria respecto a los datos históricos de un amplio conjunto de países, como ha mostrado esta semana el economista Paolo Mauro, siempre que el país crezca a una tasa normal.

Y ese es el quid de la cuestión. Fuera o dentro del euro, con o sin programa de ayuda, Grecia tendrá que terminar de modernizar su economía, completando el programa de reformas estructurales, para volver a crecer como un país normal: un sistema de pensiones sostenible, unos mercados que funcionen sin

clientelismos, una administración pública moderna, un sistema eficiente para asegurar el cumplimiento fiscal. Muchos de estas reformas encajan muy bien en el programa de Syriza. Lástima que se hayan perdido seis meses en marear la negociación, en vez de afrontarlas.